

vida llevamos en Londres, nosotros, ingleses de la vieja Inglaterra! Te llevarás los muchachos si te place; pero, créeme, en una semana ya no sabrás lo que es la tristeza.

Después continuó exagerando el tono de franqueza :

— Veamos, cada uno á sus negocios, Franck. Aquí no ganamos el dinero tan fácilmente como los Residentes de la Compañía. Anda á pasearte un poco, á ver á Londres, la Reina del Universo, como bien sabes. Habrá fiesta en casa esta noche para celebrar tu llegada: verás á sir Dick y á miss Mary, que te recibirán como deben; así lo espero.

Franck no prestó atención á las últimas palabras; pero el amistoso consejo le plugo, pues que se levantó diciendo :

— Voy á buscar mi casa.

## VIII

## PRIMEROS PASOS EN LONDRES

En cuanto se fué su hermano, el alderman corrió á la puerta, echó el pasador, volvió al escritorio, cogió la cartera y empezó á contar los papeles ahí contenidos haciendo cálculos mentalmente.

— Trescientas cincuenta mil libras esterlinas, murmuró por último. Títulos que valen oro en barras!... y para ganar esto, no tuvo sino que extender la mano!

Se limpió las sienes inundadas de sudor.

— Por otra parte, continuó, si la historia del brillante es verdadera, aún le queda en la bolsa un buen refresco para la sed!

Sus ojos no podían separarse de la cartera, que ejercía en él una especie de fascinación.

— Si yo tuviese la mitad de esto, pudiera montar en mis buenos caballos, enviar á todos los diablos á los usureros que prolongan la agonía de mi crédito... rendir cuentas á Dick y á Mary, que dentro de dos meses,

dirán que he devorado su fortuna... podría aprovecharme de la alza y la baja que habrá en la exposición... y en diez y ocho meses, con seguridad sería Lord Maire.

Dejó la cartera abierta sobre la mesa, y apoyó la cabeza en su mano derecha.

— Negar un depósito, pensó en voz alta, mientras los dedos de su mano izquierda jugaban voluptuosamente con las letras de cambio. Nadie ha visto á Franck entregarme esta cartera. El no tiene ningún recibo, porque no he sido tan bestia para ofrecérselo. Entonces pues! Yo he notado que los que niegan un depósito se obstinan en la negativa ante la justicia... se obstinan siempre!...

Una sonrisa de orgullo vino á sus labios; pero en seguida sacudió la cabeza y continuó:

— Se obstinan siempre, es verdad... pero son marcados en el dorso como caballos... Es triste decirlo; aunque roben un millón, jamás llegan al puesto de Lord Maire.

La respiración de Adrián era corta y silbante: algo le debía oprimir el pecho.

Sin embargo, á pesar de estos síntomas de enfermedad seguía monologando y acariciando los títulos de su hermano.

— Bah, exclamó al cabo de algunos instantes, en definitiva, si la historia del diamante es verdadera, la cosa marchará por sí sola. Y por otra parte, si es falsa... Pardiez! los títulos están en mis manos, y Satanás me condene si!...

Con un movimiento brusco cerró la cartera.

— Bajo palabra, murmuró volteando el botón de su caja fuerte, parece que el clima de la India no es tan propicio como se dice; y si hubiera que esperar su sucesión.

Se interrumpió para reír, guardó el depósito en la parte más alta de su caja y siguió:

— Pero la sucesión no me conviene. Dick y Mary serían también herederos como yo... Vamos, hacía mucho tiempo que la caja de Adrián Zephyr y C<sup>ia</sup> no había dado asilo á tan bella compañía.

Volvamos al antiguo Residente de Nepaul.

Sir Franck llegó á la calle, y buscaba con los ojos un coche para pasear, cuando percibió por primera vez la cara honrada del hombre que le había hecho compañía en la cuarentena. Este paseaba con las manos en los bolsillos, mirando de derecha á izquierda, como vago de profesión.

Sir Franck no tuvo tiempo de prestarle gran atención porque casi inmediatamente fué acosado por un « gentleman » de grave apariencia que le rindió ceremoniosamente el sombrero.

— Perdón, milord, perdón si me tomo la libertad de abordaros sin haber sido presentado; me agradaría, si no soy molesto, haceros una comunicación importante.

— ¿No me habréis tomado por otro? preguntó sir Franck asombrado.

— Pienso que tengo el honor de hablar al antiguo Residente de Nepaul.

Franck lo miró mejor, estupefacto de oír pronunciar

su título en una ciudad donde tenía derecho para creerse totalmente desconocido. Y aun cuando la cara del caballero le era desconocida respondió con su educación acostumbrada :

— Yo he ocupado, en efecto, la posición de que me habláis, y si gustáis de explicaros, ya os escucho.

El hombre negro del Creolian, que parecía ser la sombra del ex-residente, estaba á diez pasos viendo el escaparate de una tienda :

A la invitación de sir Franck, el gentleman bajó la voz y tomó un aire misterioso.

— Milord, dijo, el gobierno cuenta con la imposibilidad en que se encuentra el poseedor eventual del diamante para venderlo á un precio aproximado de su valor... ¿Me comprendéis?

Sir Franck levantó los ojos y los clavó en él.

— Tengo asuntos particulares con una cierta princesa, siguió el desconocido, que hace la lluvia y el buen tiempo en la corte de Rusia... El Tzar no es rico... pero por tener bajo la guardia de su espada una joya parecida, como Napoleón Bonaparte tuvo el « Regente », tengo razones para creer que gratificaría...

La palidez de sir Franck se hizo más mate, y frunció las cejas.

— Si el Emperador de Rusia, no os gusta, prosiguió el gentleman, puedo ponerlos en relación con otras testas coronadas.

— Ah, sí! gruñó sir Franck cruzándose de brazos. ¿Queréis burlaros de mí?

— Escuchad, continuó, vos no pensáis en hacerlo

varios trozos, ¿verdad? Eso sería un absurdo, no sacaría cincuenta mil libras!

Es preciso darse cuenta que sir Franck volvía de las Indias, ó por la vigésima parte de estas importunidades hubiera entregado el grave gentleman á sus cipayos, es decir : al diablo.

Pero desconocía las costumbres de la madre patria... y, por otra parte, como no tenía elefantes sagrados, ni guardia de cipayos hizo un gesto para despedir á su perseguidor.

El hombre del Creolian reía para sí. Es preciso decir que jamás reía de otro modo.

El grave gentleman, al movimiento que hizo sir Franck, le cogió por uno de los botones de la levita.

— Milord, insistió, no me conocéis y tenéis desconfianza; lo comprendo... hay asuntos delicados por modo tal!... Pero en fin, desde luego que os habéis arriesgado á hacer la substitución, habrá sido para sacar provecho.

La cara pálida de sir Franck se coloreó vivamente.

— ¡Dios me condene! clamó cerrando los puños; desearía saber qué multa se paga aquí por abofetear á un cochino como vos.

Había hablado en voz alta, y empezaron á juntarse curiosos.

El hombre del Creolian alzó las espaldas con desdén y murmuró :

— ¡Vaya si son bestias los del « servicio ordinario! »

El gentleman no cejaba, tenía cogido á sir Franck por el botón.

— Buscaréis una ocasión parecida á ésta, milord, y no la encontraréis; en cuanto á negar el hecho sería tiempo perdido...

No terminó la frase; sir Franck le dió tal puñetazo en el pecho, que lo envió rodando al arroyo causando la admiración de los curiosos.

Hubo un gran murmullo y el círculo se agrandó en torno á los dos campeones, interceptando toda idea de fuga. Se esperaba que el grave gentleman tomase la revancha.

El hombre del Creolian se frotó las manos y se colocó en primera fila como espectador.

— Esperad! Esperad! pronunció con tono de anunciador un grandullón desvergonzado. Yo he visto á éste boxear á la izquierda de Coven-Garden, en la public-house de Joë Tomkins... Venció á Adams por treinta libras, á Martín de Jedburg por veinte!... Esperad! ha prometido vencer también al celebre Spitting-Box por diez libras tan sólo!

Habiendo hablado así, para edificación de las masas, el grandullón se ocupó en hacer agrandar el círculo.

Franck Zephyr miraba á su alrededor con vergüenza de lo que acababa de pasar, sin saber cómo escaparse de la turba. Como no era un inglés de Londres, desconocía la bella civilización de las riberas del Támesis; que á haberla sabido, no hubiera mostrado embarazo alguno.

Dió un paso para acercarse al caído que se levantaba penosamente.

— Esperad que esté en pie, exclamó el rapazuelo servicial.

Y toda la turba exclamó :

— Esperad! ¡no se pega á los caídos!

— Si yo quería levantarlo y ofrecerle mi bolsillo... murmuró tímidamente Franck.

— Por ejemplo! dijo un « cockney. »

— El gentleman se burla de nosotros, clamó otro.

Y el gradullón traduciendo el pensamiento común, exclamó :

— ¡Nada de enternecimientos!

Por orgullo nacional, tenemos que decir que el grandullón era de la Plaza Maubert, París, y se llamaba Jehan Marasquin. Tenía, como se ha podido ver, la palabra fácil y se explicaba siempre con la misma elegancia.

Pero sir Franck no tuvo tiempo de gustar el buen gusto de la exclamación del Parisiense.

Mientras que la turba gruñía á su alrededor, sintió que le tiraban de una manga de la levita.

Se volvió, y vió á su lado la figura plácida y los ojos penetrantes de nuestro hombre del Creolian.

— No vale la pena, le dijo éste, es el « número 28 de la ordinaria ». Si le hubieran hablado en griego, ó chino, sir Franck lo hubiera comprendido todo también.

— Eh, señor Braud, continuó nuestro hombre elevando la voz.

Un policía que pasaba por la esquina de la calle vecina, avanzó con las manos á la espalda; y la turba se

disipó como por encanto. Antes de retirarse, la mayoría de los curiosos arrojó una mirada de respeto al hombre que así llamaba á los policías por sus nombres.

En Londres, no hay porqué negarlo, se respeta á la policía.

Solo Jehan Marasquin se quedó, rebelde como buen Parisiense.

— Jim, llamó aún nuestro hombre.

Esta vez se dirigía al cochero de un cab que pasaba.

— ¡ Vaya! ¡ vaya! exclamó el Sr. Braud, el 28 de la ordinaria ha recibido algo!... ¿ Para él hacéis detener el cab, señor Andrew?

— ¡ Que no! respondió nuestro hombre con desprecio, yo no me ocupo de él.

Después, dirigiéndose á sir Franck, y teniendo abierta la puerta del cab :

— Subid, milord, dijo.

Decididamente, desde su salida de la casa Zephyr y C<sup>ia</sup>, sir Franck marchaba de sorpresa en sorpresa.

Un hombre le había abordado para seguir la mistificación empezada en Calcuta, y continuada á bordo del Creolian. Había matado al primero, se había burlado del segundo y acababa de desembarazarse del último por medio de una acción imperdonable á un « gentleman ». La turba se había juntado y le habían tomado por boxeador profesional. Había querido socorrer al caído, y le tomaron por cobarde que golpea á indefensos. Un hombre llamó á un policía, después á un cochero, y á una palabra suya la turba acababa de desvanecerse, sin chistar. Por último, este hombre que

parecía hecho para mandar, le abrió la portezuela de un cab y se inclinaba para dejarle pasar.

Muy intrigado, sin saber qué hacer, el primer movimiento de Franck fué sacar su bolsillo.

Al que llamaban Sr. Andrew, se sonrió dignamente.

— No vale la pena, milord, dijo, sólo hago mi deber; pero yo tengo familia y si creéis estarme agradecido acordaos de mi cara y de mi nombre.

Le dió una tarjeta y añadió mostrando al desgraciado 28 que se iba sostenido por el policía :

— Y no me tratéis como á ese pobre diablo, si ois pronunciar mi nombre á menudo ó si veis muy seguido mi figura. Estamos destinados á encontrarnos frecuentemente y tenéis pesado el puño, milord.

Cerró la portezuela saludando como un caballero y continuó :

— Vamos, Jim, sube por Temple-Bar, sigue el Strand y enseña un poco los parques á milord que no conoce la ciudad. Esto le agradará, y á ti también, porque tendrás buena propina.

Sir Franck, encerrado en su cab, posó los ojos sobre la tarjeta que tenía en la mano. Contenía una cifra trazada con tinta roja, y debajo una letanía de nombres desconocidos.

3

Andrew, Ellick, Isaiah, Otto, Uckrill.

## IX

## CÓMO SE LLEGA Á SER NÚMERO

Gracias al progreso de la civilización, Londres sólo tiene ochenta mil ladrones, entre los cuales, dos ó tres mil llevan una existencia honorable. — ¡Los otros no son gentlemen!

En esa ciudad, la policía ha descubierto entre sus miembros verdaderos héroes, amables, sólidos como hombres de estado y más dignos de confianza que muchos diplomáticos.

Había que enunciar estas dos verdades, porque sin saberlas, el lector ha hecho conocimiento con cuatro bandidos de la Cité: Day-Lily, Sauton, Jonathan Girle y Roberto Vanghaut, lo mismo que con un policía de alto vuelo: el n.º 3.

Después de haber pasado su tarjeta á sir Franck y héchole subir al cab, Uckrill dejó marchar el coche, y levantó la cabeza para mirar las ventanas de la casa del alderman; estaban herméticamente cerradas.

Uckrill tenía en ese momento la figura de un hábil matemático que busca la solución de un problema.

— Se trama algo tras esas murallas, murmuró. Estoy tan seguro como si lo viese.

Cuando rumiaba así, una elegante victoria, que venía del lado de San Pablo, se detuvo á la puerta.

Un hombre joven, guapo y vestido á la última moda, saltó á la acera, mientras su groom sonaba en casa del alderman.

Uckrill volvió á su escaparate.

El joven dandy recorrió la calle con una mirada, no exenta de inquietud, sus ojos se detuvieron un momento en Uckrill, de quien sólo veía el dorso; dió la vuelta tan rápidamente presentando, él también, el dorso, que el movimiento dió á comprender el temor de ser conocido.

— Maldito! murmuró. Yo creo que es como ese diablo que se llamaba Legión, y que tenía mil cuerpos para pasearse á la vez en todas partes.

La puerta del alderman se abrió, y el dandy franqueó el umbral en dos saltos; pero antes de entrar le había hecho una señal á su cochero; la victoria se marchó por donde había venido.

— Bonito tren! se decía entretanto Uckrill, viendo el coche alejarse. Los caballos son mejores que los del mes anterior... Day-Lily, habrá hecho algún negocio.

Después, rascándose la oreja;

— ¡Day-Lily en casa del alderman! Esto puede explicarse de dos maneras; la « bella » quiere robar á este criminal, ó le va á ayudar á robar á alguien. Lo

uno es probable, pero lo otro es posible... Este honrado ciudadano se lanza... se lanza! Bien! el tiro de las chimeneas de esta casa me es sospechoso; lo mismo que el aire que se respira en estos cuartos... Sería bueno que Pip viniese á desholllinarlas... y que Mary saliera de esta caverna de bandidos..

Monologando así, el n° 3 se alejaba por un « lane » (callejuela cerrada) que cortaba en ángulo agudo la calle principal, y sobre la cual daban las espaldas de la casa de Adrián Zephyr. Repentinamente sonó un silbido estridente, sobre su cabeza, repetido después por tres veces. Uckrill levantó vivamente la cabeza y percibió una forma negra en la parte alta de la chimenea principal de la casa del alderman.

— Pip, murmuró.

Hizo una señal con la mano, y la forma negra se hundió en el tubo de la chimenea.

La cara de Uckrill tomó una expresión de orgullo.

— Cómo vale, pronunció con emoción. Cuando pienso que lo saqué del camino de la perdición!... Ahora, quisiera saber dónde se encontraría una joya parecida.

Pero no era para examinar las chimeneas para lo que Uckrill había tomado ese camino desviado.

Tras la vieja y negra casa del hermano de sir Franck se elevaba un pequeño hotel, de construcción moderna, cuya fachada, cubierta de enredaderas tenía dos ventanas de cristales y formaba ángulo con la « lane ».

Se escuchaba cantar con poco arte y mucho sentimiento una romanza francesa de un joven poeta, que

se puso de moda inmediatamente después de su muerte..

En lugar de alejarse, Uckrill se paseaba á lo largo de la callejuela, á veces llevando el compás, y otras fro-tándose la frente como hombre cuyo espíritu trabaja.

— Yo no estoy encargado de Dick, murmuró, su padre, el teniente, no era nada mío, y apenas si conocí á su madre, la bella Nancy. Si me interesó por Dick es porque acaso pueda llegar á ser el esposo de Mary.

« Es buen sujeto sir Dick... Si llega á ser málvado culpa será de los que le rodean... pero á las mujeres les gustan los calaveras.. ¡Oh! si este ángel conoce el dolor!...

El piano sonó más fuerte, el acorde final vibró durante un segundo, y después todo quedó silencioso: una cabeza rubia se asomó á la ventana, sirviéndole de marco la cortina de follaje.

La cabeza de una joven, tan pura y tan bella, que un poeta la hubiese tomado para sus ensueños.

Moría la tarde, extendiendo en todos los objetos el velo brumoso que deja en el aire la respiración de una ciudad inmensa y fría. Se hubiera dicho una gasa pura, á través de la cual apareciese esta visión.

Con la impresión del canto, un tinte róseo coloraba sus mejillas; sus ojos azules, semi cerrados, erraban en el vacío, y una sonrisa de niña jugueteaba en sus labios.

Sólo duró un segundo la aparición. En la « lane » solitaria sonó un suspiro, y la joven asustada cerró la ventana.

El suspiro se había escapado del sensible pecho de A. E. I. O. Uckrill, nº 3.

Sí, el pobre Uckrill había caído en éxtasis delante de la visión angelical... y su emoción había estallado con tanto vigor, cuanto había sido el esfuerzo para contenerla.

Cuando la ventana se cerró, se marchó lentamente, no sin voltear el rostro varias veces...

— El mayor Rowland Zephyr, pensaba, era el soldado más guapo de Su Graciosa Majestad. Tampoco ha habido en el Reino Unido una mujer tan buena y tan bella como la suya. Era preciso que su hija fuese un ángel!

Después se preguntó, no sin inquietud, por qué sería melancólica la sonrisa de Mary. Y el nombre de Dick le vino al recuerdo.

— Es igual, suspiró, se dice que los muertos saben todo lo que pasa aquí. Bien, si esto es cierto, el mayor Rowland Zephyr debe ver á su pobre Andrew Uckrill sudar sangre y agua para pagar su deuda y guardar el juramento que le ha hecho.

Se interrumpió para saludar á una miniatura que sacó del bolsillo, y que representaba los rasgos de un guapo oficial.

— Llegaremos, mayor, llegaremos, aunque me corten en cuatro pedazos... y si muero, muero sin remordimientos ya, porque creo haber encontrado un padre para Mary.

No habiendo Uckrill encontrado á otro caballero que á sir Franck en todo el día, era de creerse hablaba de

él. Sin duda la lealtad del ex-residente le había saltado á los ojos. Había comprendido que sir Frank podría oponerse á las sordas maquinaciones de su hermano Adrián, tutor de Dick y de Mary.

— Pero ¿por qué Uckrill, fuera del servicio pasaba el tiempo soñando en la callejuela sin salida? ¿De qué deuda y qué juramento hablaba este personaje singular, inscrito bajo el número 3 en las oficinas de Scotland-Yard?

Para explicarlo hay que retroceder algunos años.

Uckrill no había sido « número » siempre.

Hacia 1840, cuando Rowland Zephyr acababa de ser promovido al grado de mayor, en la guardia de Su Majestad, un día, al entrar al cuartel para la inspección, su atención fué atraída por un gran ruido producido en el cuerpo de guardia.

— Sargento! exclamó, ¿qué significa ese escándalo?

A pesar de la presencia del jefe, á los soldados les costó trabajo dominar sus risas. El sub-jefe interpelado se aproximaba con un pobre diablo, de aspecto famélico, largo como un día sin pan, que volteaba entre sus dedos una caperuza toda agujereada.

— Mayor, dijo, es este « cockney » que vino á distraernos.

— Llévalo á la « police-house », contestó Rowland furioso; así aprenderá que el cuartel no es ningún lugar público.

Peró sus cóleras duraban poco. Como el pobre diablo, demasiado tímido para replicar, se iba, gachas las

orejas, llevado por el sargento, el mayor compadecido, le llamó.

— En suma, preguntó, ¿qué hacía?

Los soldados callaban.

— Veamos. ¿Qué viniste á buscar? Responde francamente.

— Mi oficial, preguntaba tan sólo á estos señores qué había que hacer para entrar como guardia.

— Y esto era lo que hacía reir á vosotros! exclamó Rowland.

Después, examinando al pobre diablo :

— ¿Cómo te llamas?

— Andrew, Ellick, Isaïack, Otto, Uckrill, respondió.

— Peste! murmuró el mayor puesto de buen humor por esta letanía de nombres dicha sin respirar. He aquí un medio de doblar el efectivo del regimiento. Por desgracia el cuadro está completo, y, por otra parte, eres demasiado largo.

— Demasiado largo! repitió el desdichado con dolor.

— ¿Te interesa mucho entrar en la guardia?

Uckrill dudó un momento, como luchando entre la angustia y la vergüenza.

— Si no es por mí, mi oficial, exclamó por fin cayendo de rodillas. Es para alimentar á mi pobre padre viejo y enfermo. Le había sostenido modestamente hasta hoy sirviendo á un agente de informes. Pero mi patrón entró en negocios sucios con dos canallas, Roberto Vaughant y Jonathan Girle, y ayer lo ahorcaron. Sin un centavo en la bolsa, he pensado que el

único medio de asegurar los últimos días de mi padre era engancharme para seguir mis instintos...

— ¿Qué instintos?

— De policía! No sé hacer nada... ni tengo oficio alguno... pero parece que soy policía... En Scotland Yard se me tomaría con gusto; pero hacer ese oficio... Antes moriría que entrar ahí!

Rowland era excepcionalmente bueno y con facilidad se compadecía.

La sinceridad de Uckrill le plugo; bajo la villana corteza del pobre hombre adivinó su inteligencia.

Le tomó á su servicio personal. Los últimos días del viejo padre de Uckrill estuvieron asegurados y él, sin saberlo, se ganó la gratitud de un hombre fiel.

Dos años pasaron y el agradecimiento de Uckrill no hacía sino aumentar.

La vida de Rowland fuera del servicio, corría dulce y tranquila entre su mujer y su hija. Su mujer, amante y bella, padecía una enfermedad de corazón que la mataría al menor sobresalto. Conociendo esto el mayor le evitaba, en lo posible, toda emoción.

Una tarde que volvía de una comida oficial en compañía de algunos oficiales, marchaba, sin tomar parte en la charla, con la cabeza baja, preocupado por una indisposición reciente de su mujer y al atravesar Saint James Street chocó involuntariamente, en medio del arroyo, con una mujer.

— Canalla! exclamó ésta en tono agresivo.

Los compañeros de Rowland estaban en la acera opuesta y éste balbuceaba una excusa, é iba á conti-

nuar su camino cuando un cab, arrastrado por un caballo furioso, llegó sobre ellos. Para salvarla, el mayor la atrajo hacia sí, cogiéndola por el talle.

Apenas hubo tiempo : el cab pasó como huracán.

Pero en lugar de dar gracias á su salvador :

— Impertinente, exclamó la mujer, me habéis abrazado.

Estaban bajo un reverbero, y el mayor vió su rostro, joven y bello, animado por la cólera.

Ante esta extraña acusación le faltó la palabra.

— Estáis dispuesto á reparar vuestra falta? preguntó la joven.

Los amigos de Rowland se habían aproximado, y algunos transeuntes hicieron lo mismo.

— ¿Qué falta? preguntaron los oficiales.

— El Señor me ha abrazado por sorpresa!

— ¡No es verdad! exclamó Rowland.

— ¡Sí!... Es cierto! respondió una voz.

El pudor británico es sombrío. El beso por sorpresa se cuenta entre los más graves delitos. Hay artículo en el Código, y si no se puede reparar tal atentado á la propiedad privada, las multas se elevan á sumas fabulosas.

— ¿Quién ha hablado? preguntó Rowland.

— Yo, respondió la misma voz. Un hombre salió de entre los curiosos, añadiendo : Yo, Roberto Vaughtant, he visto y estoy dispuesto á servir de testigo á la señorita.

— ¿Queréis reparar la falta? preguntó la joven.

— Veamos, señorita, sed razonable, murmuró el

mayor. No podéis llevar la broma más lejos... Por otra parte, soy casado.

— Ah, es así. Entonces es doble la falta... Bien, señor mío, mi hermano irá á vuestra casa á pedir os cuenta.

Esta sola frase espantó al mayor : en un instante imaginó á su mujer enferma, puesta al corriente del duelo ; previó los resultados que varias horas de angustia causarían en su organismo, y con voz resuelta :

— Imposible de recibir en mi casa á vuestro hermano, señorita, dijo y como no veo la necesidad de dejar para mañana lo que hoy se puede hacer, y el Sr. Vaughtant, se ha ofrecido á servir de testigo, creo puede llenar las mismas formalidades con vuestro hermano. Hacedle pues prevenir desde luego.

— Está bien, dijo la joven.

— Dos de estos señores y yo, añadió Rowland, esperraremos hasta la media noche en el café del final de la calle Saint James.

A la mañana siguiente se detuvo un coche en las planicies de Primerose-Hill. En el interior iban tres hombres silenciosos. Por contraposición, el cochero, que no era otro que el largo Uckrill monologuaba con animación.

— Es una fatalidad, decía. La manía policiaca me coge con periodo agudo. Por esta vez no tengo motivos de queja. Bien me ha ido con haber estado en la taberna de Saint James, y tomar el lugar de Jack en este pescante. Acaso pueda librar al mayor de una desgracia haciéndole saber quiénes son los canallas á quienes va á honrar dándoles una satisfacción.

« Recapitulemos un poco : el mayor ha abrazado á una tal miss Sun-Ray. Vaya con el nombre, señorita Rayo de Soll... El hermano, un caballero Day-Lily ha exigido reparación por las armas... Yo no sé quién es la señorita ; pero el joven no vale mucho cuando lleva como testigos á gentes de la calaña de Vaughant y de Girle... pero, en fin, el mayor ha aceptado y...

Se interrumpió deteniendo el coche á la entrada de una cantera abandonada ; era el lugar designado.

El hermano de miss Sun-Ray y sus testigos esperaban paseándose.

Rowland, un capitán y un teniente de la guardia, bajaron del coche ; y los preparativos del combate empezaron.

El arma escogida fué la espada, y las condiciones, que sólo una herida grave concluiría el duelo.

— Señor, dijo el mayor dirigiéndose al hermano de miss Sun-Ray, permitidme insistir una vez más sobre la mala inteligencia que motiva este encuentro. Sentiré mucho heriros, pues no sois sino un niño.

— Señor, exclamó el joven Day-Lily con calor, el insulto no pudo ser más grosero, pues se dirigió á una joven que sólo tiene su hermano para defenderla.

Rowland palideció :

— Señor mayor, dijo una voz tras él.

— Eres tú Uckrill ? ¿ Para qué tomaste el lugar de Jack ?

— Para deciros que no podéis batiros con un adversario cuyos testigos son hombres perseguidos por la justicia.

— ¡ Sólo esto faltaba ! exclamó Day-Lily con sarcasmo. Nosotros, caballeros de otra clase, tomamos cuidado de las ofensas á la hora del combate, pero parece que los oficiales de la reina sólo lo tienen de su sangre.

Rowland enrojeció.

— Deseáis pues hacerlos matar, exclamó.

Day-Lily rió de buena gana.

— Como os parezca, milord, un duelo á muerte me place.

Los testigos dieron la señal y las espadas se cruzaron.

Day-Lily, sonriente, adoptó una guardia elegante y despreocupada que parecía dejarla en descubierto.

Rowland se cubrió con una guardia severa, habiendo comprendido desde el primer momento que tras la debilidad aparente y juventud de su adversario se ocultaba una ciencia que no debía desdeñar.

Al cabo de un minuto de combate, Day-Lily que sólo había parado negligentemente, se tendió á fondo con un golpe recto, y levantó la espada. La camisa del mayor mostró una mancha roja al lado izquierdo del pecho : lugar mortal.

Sus dos testigos lanzaron un grito.

— Bah, simple picadura de alfiler, para la primera posición, dijo Day-Lily, limpiando la punta de su espada con un pañuelo que le ofreció Jonathan Girle.

Los testigos del mayor se acercaron creyendo que tenía el pecho atravesado ; pero no... una simple picadura como decía Day-Lily.

Furioso de haber sido tocado por el rapaz, Rowland cayó en guardia.

— Defendeos, exclamó.

Day-Lily lo recibió con el mismo gesto despreocupado. Diablo de joven; con su cara imberbe, su piel blanca y sus formas graciosas se le hubiera tomado por una mujer; no podría tener más de diez y seis años.

Los testigos del mayor estaban aterrados. Las condiciones del combate les impedían interponerse á menos de herida grave.

En cuanto á Andrew Uckrill, apoyado contra una piedra de talla y mostrando en su cara una tranquilidad perfecta representaba dignamente la flemma británica. Bajo su calma aparente, estaba perplejo.

— ¿Si Day-Lily fuese la misma persona que miss Sun-Ray?

En este momento, las espadas chocaban con furor. No era tiempo de hacer el sentimental; Rowland lo había comprendido; la juventud de su adversario no le conmovía ya; empleaba todo su vigor en parar los golpes de su adversario y toda su agilidad y furia en atacar.

Uckrill estudiaba atentamente el plastrón blanco de la camisa de Day-Lily.

El combate se proseguía con encarnizamiento, cuando de repente Day-Lily arrojó un grito furibundo.

Su mejilla derecha sangraba; el arma del mayor acababa de hierirla cerca del ojo.

— ¡Alto! clamó Uckrill. ¡Alto! señor mayor, os estáis batiendo con una mujer.

— Una mujer, clamaron los testigos asombrados; pero por corta que fué su estupefacción, cuando quisieron detener el combate ya no era tiempo.

— ¡Defendeos!... ¡defendeos! exclamó. ¡Ah! ¡yo aún tenía piedad!... ¡Este criado acaba de llamarme á mi deber!... Yo vengo al mismo tiempo la afrenta del amo y la mentira del servidor.

Y se tiró á fondo con un « dégage » rápido.

El mayor cayó como una masa.

No había ninguna nueva herida aparente, pero la espada había entrado en el mismo lugar que hacía poco. Sólo que esta vez fueron cinco pulgadas de hierro ensangrentado lo que había limpiado el pañuelo de Jonathan Girle.

— Andrew, murmuró el mayor, — mi mujer, mi hija no tienen á nadie sino á mí... no tengo confianza en mi hermano.

— Yo los serviré hasta la muerte, exclamó Uckrill.

— ¡Júralo!

— ¡Por mi salud!

— Gracias, suspiró el mayor.

Una espuma sangrienta manchó sus labios. Había muerto.

Cuando Uckrill, con lágrimas en los ojos, se levantó, Day-Lily y sus testigos habían desaparecido.

Ayudado por los del mayor transportó su cuerpo hasta el coche, y el vehículo se puso en marcha, lentamente, hacia la ciudad.

Sobre su pescante, el pobre Uckrill lloraba.

— Cómo anunciar esto á la señora Zephyr, se pre-

guntaba. No sobrevivirá á su marido la pobre... ¡Ah! hay en todo esto una villana maquinación... si una nueva desgracia sucede, ¿á quien beneficiará el crimen? Al alderman Adrián, seguramente... Day-Lily está marcado en la mejilla y yo lo encontraré... ¡pero la señora y la niña!... ¡Ah! ¡perderé la cabeza!...

El mayor Zephyr fué enterrado el mismo día que su mujer. La pobre esposa, matada por el dolor, rindió el último suspiro algunas horas después que su marido.

El gordiflón alderman Adrián presidió el duelo dignamente, y aun pronunció algunas palabras sobre la tumba de su hermano. Se le compadecía por las pérdidas crueles y sucesivas que acababa de sufrir — pues que su hermana y su cuñado habían muerto recientemente. Se le compadecía, sobre todo por las cargas inopinadas que sobre él caían: Dick y Mary, aún niños. Esta última particularidad le hacía objeto de la simpatía general. Había acogido á los huérfanos con brazos abiertos, rehusando enérgicamente la oferta que se le hacía de cuidar sus fortunas.

Sólo Uckrill no creía en el desinterés, y dudaba de la generosidad de Adrián. Se acordaba de las últimas palabras del mayor, y sobre todo, del juramento que le había hecho.

Entonces fué cuando, no encontrando otro medio de cumplir su misión, se enganchó como policía, á pesar de sus repulsiones. María tenía en lo sucesivo un poderoso protector, porque en poco tiempo, bajo la matrícula n.º 3, Uckrill fué uno de los mejores agentes de Scotland-Yard.

Diez años habían corrido desde la trágica muerte del mayor, y no había llegado aún el momento de probar su adhesión á la hija de su antiguo amo. Hasta que Mary estuviese en edad de poder pedir cuentas á su tío, Adrián era el amo de la fortuna de su sobrina, y Uckrill no podía juzgar si su gerencia había sido más ó menos fiel. Todo lo que podía hacer, y no había dejado de hacerlo, era estudiar al alderman, seguir sus relaciones comerciales. Gracias á esta vigilancia oculta, había confirmado ciertas suposiciones que se habían engendrado desde el duelo de Rowland y Day-Lily:

Había descubierto:

1.º Que miss Sun-Ray y Day-Lily no eran sino una persona que jugaba doble juego. En efecto, la cicatriz de la herida hecha por el mayor no se podía borrar de la mejilla de miss Sun-Ray;

2.º Que existían misteriosas relaciones entre esa señorita y el alderman;

3.º Que antes de la muerte del mayor, Adrian estaba cerca de quebrar;

4.º Que una vez en posesión de la fortuna de Mary, había hecho frente á sus asuntos y había salvado su crédito.

Después de tales descubrimientos, no le fué difícil á Uckrill deducir que el duelo había sido un golpe preparado por el alderman y miss Sun-Ray, para hacer pasar la tutela á manos del primero; y habiendo sido dado el golpe en connivencia con canallas como Vaughan y Girle, no era ya posible tener ninguna duda. Seguramente existía una asociación entre todos estos individuos y no podían maquinar sino crímenes.